

CAPÍTULO XXX

Historias

**H**ORA sí, Manuel, sólo Dios nos podrá separar,— le dijo Teresa, conduciéndolo para las piezas interiores;—Arturo, que es el modelo de los buenos amigos, se encargará de nuestros negocios, y tú no harás más que mi voluntad. Es menester que al menos mientras se me quitan el miedo y la aprehensión, no salgas de aquí. Además, como te habrá dicho Arturo, tú y yo estamos ya muertos para el mundo... y ¡ojalá que fuese posible continuar así, y que no viviésemos sino para nosotros y para los pocos buenos amigos que nos han acompañado en esta larga carrera de infortunios!... ¡Pero calle! —continuó Teresa, deteniéndose un poco, y mirándolo amorosamente...—no pasa día por tí, como suelen decir, ni descolorido, ni estragado, ni abatido; tienes una naturaleza de fierro. Otra mujer que no fuera yo, se enojaría de que no estuvieses pálido y extenuado;

D. A. N. L.

CAPILLA ALFONSIÑA  
BIBLIOTECA IMPERIAL

pero yo... mejor, muchos años de salud y de vida te desea mi corazón. Ven, siéntate, quítate ese sombrero tan pesado... nos sentaremos debajo de la sombra del fresno del jardín, y al menos en estos momentos nadie nos podrá robar la felicidad... ¡Qué mujeres! — prosiguió Teresa, riendo, — nos volvemos locas; he hablado tanto, que no te he dejado ni abrir la boca, ni aun siquiera me has podido saludar.

—¿Qué más,—contestó Manuel, dándole otro abrazo,—que estrecharte contra mi corazón, cuando contaba ya con no volverte á ver? pero tu amor me ha dado fuerzas y valor para todo. Ahora comprendo por qué los caballeros antiguos hacían hazañas fabulosas: si yo no hubiera tenido tu imagen presente, si no hubiese soñado siempre tu voz triste y doliente en mis oídos, si yo no hubiera considerado que te morías sin mí, habría tenido miedo, y ese bribón de D. Jacinto me habría asesinado.

—Cuéntame, por Dios, Manuel, ¿tan grande riesgo has corrido? Pues ni Martín ni Arturo me habían dicho entonces la verdad.

—Hicieron bien; pero tampoco yo sé en realidad lo que tú has sufrido. Juan Bolao, con su carácter chamecero, apenas me dijo que habías tenido una leve indisposición.

—Te puedo asegurar, — contestó Teresa, — que me morí, que entré en la eternidad, y que Dios quiso que saliese de ella para volverte á ver; pero ya no hay posibilidad; estoy restablecida completamente y puedo contar con todo; pero tú comenzarás primero. Sentémonos, da principio á tu historia.

—Parte de ella la sabes por la carta que te escribí con Martín.

—Pues refiéreme el resto, — dijo Teresa, sentándose debajo del fresno entre Arturo y Manuel.

—Debo la vida, — continuó éste, — en primer lugar á Ojo-de-Pájaro, que era un soldado de mi regimiento, que se desertó varias veces, y á quien salvé la vida; y en segundo á Martín. Después de haberme hecho caminar D. Jacinto por vericuetos y montañas, que yo, á pesar de mis muchos viajes, nunca había visto, hicimos alto en la entrada de un puerto de la Sierra-Madre; seguramente por lo solo y extraviado del paraje, era el lugar destinado para mi muerte. En la noche se me acercó Ojo-de-Pájaro, nos convenimos, y resueltos á perecer ó á hacer una tentativa desesperada, acometimos á D. Jacinto y á los rancheros, que estaban, unos cansados y otros dormidos. Al acercarme yo á D. Jacinto, despertó y me disparó á quema-ropa una pistola; oí silbar la bala muy cerca de la oreja; pero no habiendo recibido daño alguno, acerté á darle un golpe en la cabeza con la culata de una tercerola que me había dado Ojo-de-Pájaro, de manera que cayó en tierra sin sentido. Tres ó cuatro rancheros acudieron á su defensa, y rodeándome, me habrían acribillado á cuchilladas y á balazos, á no haber aparecido en ese momento como un Santiago, mi fiel asistente Martín, llamando á gritos al escuadrón, que no existía, y repartiendo á diestra y siniestra caballos y cuchilladas, después de haber disparado las pistolas al grupo que me acometía. Entonces la dispersión fué completa, todos echaron á correr, ya á pié, ya montando en sus caballos, y nosotros quedamos dueños del campo. Había dos heridos y un muerto, y D. Jacinto, á quien, como debes figurarte, no perdía de vista, estaba desmayado.

—Por supuesto que no lo mataste,—interrumpió Teresa, asustada.

—No, le había prometido ahorcarlo en el mismo patio de la hacienda donde te insultó: así es que mandé a Martín que le lavase la herida que tenía en la cabeza, que le diese á oler aguardiente y que lo envolviese en su jorongo. Cuando volvió en sí, era cerca de la madrugada, y amarrándolo en un caballo, tomamos, guiados por Martín, el camino de la hacienda, á donde llegamos después de ocho días, por haber extraviado el camino, pero sin haber tenido ningún contratiempo, pues antes bien se nos presentaron á pedir perdón algunos de los rancheros que acompañaron á D. Jacinto en su temeraria tentativa. Tan luego como llegamos á la hacienda, Bolao me informó de lo que había pasado, y me añadió que tú, Arturo y el padre habían salido para México, entonces te escribí, y envié á Martín, para que te informara que me había visto y que estuvieses tranquila.

—¿Y D. Jacinto?

—A D. Jacinto, al segundo día de mi llegada lo hice conducir al patio, mandé traer un sogá y la coloqué en una almena de la azotea. D. Jacinto,—le dije,—prométeme á usted cuando me dió una bofetada, que lo había colgado en el mismo patio de la hacienda: cumplo, pues mi palabra.

—Es que el gobernador de San Luis castigará este atentado,—me dijo con altanería.

—Esa es cuenta mía, la de usted es confesarse y ponerse bien con Dios. He mandado llamar al cura.

—No me confieso.

—Tanto peor para usted. Entonces no hay tiempo que perder. Como estaba amarrado de piés y manos, le colgué

la sogá al cuello é hice seña á los peones que estaban en la azotea que lo suspendieran en el aire.

—¡Pero no lo ahorcaste! — interrumpió Teresa con agitación, y tomando las manos de Manuel.

—No.

—Gracias á Dios.

—Cuando él vió mi suprema resolución se puso pálido, y llorando como una mujer, se arrojó á mis piés, pidiéndome perdón y ofreciéndome servirme con la fidelidad de un perro, por el resto de sus días.

—Y supongo... — dijo Teresa alarmada, — que no lo tienes á tu servicio. Ese hombre podría vengarse.

—Afortunadamente eso ya no puede ser.

—¿Cómo?—preguntó Arturo,—pues eso no me lo habías escrito.

—Sin prometerle nada, mandé por aquel momento suspender la ejecución y encerrarlo, en la torre de la iglesia mientras reflexionaba. En verdad, no quería matarlo, ni pasados los momentos de la cólera tuve tal intención; pero no sabía qué hacerme con él, porque de seguro, si lo dejaba libre había de pensar en vengarse; pero él mismo se castigó, porque en la noche, por el visto no sé cómo, de un lazo, trató de descolgarse de la torre; la cuerda se quemó con el roce de la mocheta, y cayó de espaldas, dándose en la cabeza con un poste. Al día siguiente encontraron los vaqueros su cadáver y la cuerda reventada pendiente de un balcón de la torre. Al momento me fuí á San Luis, hice que se levantara de esto una información, aclaré todas las intrigas y chismes de que había sido víctima, y desecha esta tempestad, con mi pasaporte en regla y con cartas de recomendación de las personas más notables de San Luis, he

podido regresar, aunque dilatándome por esto más tiempo que el que yo creía. Ahora te toca á tí, mi linda Teresa, referir tu historia.

—Mi historia es como siempre, triste y corta,—dijo Teresa, bajando los ojos y algún tanto enternecida.—Tu repentina desaparición de la hacienda, en el momento en que te esperaba para ir á la capilla, causó una consternación general; pero á mí me iba á costar la vida. Nunca he sido melindrosa ni romántica, y por el contrario, acostumbrada después de tantos años á los contratiempos y á las contradicciones, he tenido resignación en mi desgracia; pero como tu salida fué tan inesperada, como no pensaba más que en el casamiento, mi alma quiso ser fuerte, pero mi naturaleza no pudo resistir; y á pesar de los consuelos y cuidado de Bolao, del padre, de este excelente Arturo y de todos los que me rodeaban, caí en cama gravemente enferma. Una pobre vieja preparó un brebaje compuesto de diversas yerbas que ella conoce y junta en los campos. Como sin duda todos los que me rodeaban, conocían que pocos momentos me quedaba de vida, se decidieron á que la vieja se encargase de mi curación. Efectivamente, me presentó una infusión, que bebí con la misma fe que si la Virgen del cielo me la hubiese dado. En seguida la pobre anciana me colocó en el pecho una cataplasma, también hecha de yerbas, y hecho esto se marchó á su casa. A poco de haber bebido la medicina, sentí unas ansias mortales y un ardor en el pecho, como si un veneno me estuviera consumiéndome; comencé á revolcarme en el lecho con una especie de convulsión nerviosa, me encomendé á Dios, porque sentía que el alma se me arrancaba y caía en las almohadas sin sentido. Después de dos horas de estar

materialmente en la otra vida, entreabrí los ojos, me sentí bañada de un sudor saludable y delicioso; mis potencias iban como volviendo á su sér, mi sangre circulaba con regularidad y sentía un bienestar tan grande, que sin quererlo, vagaba una sonrisa en mis labios. No podía hablar ni moverme; pero veía que el padre y Mariana estaban arrodillados á los piés de mi lecho, y que, con unas velas de cera bendita en la mano, á ratos lloraban y á ratos rezaban las oraciones de difuntos. Yo les quería decir: no lloréis, que, en vez de muerta, estoy, no sólo aliviada, sino buena y fuerte: nada me duele, y, por el contrario, mi cuerpo todo, como si estuviese en un baño tibio y perfumado, experimenta una delicia desconocida. ¡Figúrate el tormento y la angustia que sentiría al ver que rezaban y que me lloraban muerta, cuando estaba viva y curada! Afortunadamente acabaron de rezar, y Mariana se dirigió á mi cabecera, me besó la frente, humedeció mis mejillas con sus lágrimas, y queriendo, aunque me creía muerta, colocarme mejor en los almohadones, me levantó suavemente la cabeza: inmediatamente pude hablar y moverme. ¡Mariana, mi querida Mariana, le dije, Dios ha hecho un milagro, y esa pobre anciana me ha sanado completamente: estoy buena, perfectamente buena! Mariana, que me creía muerta, dió un grito de susto y dejó caer mi cabeza en los almohadones; pero yo la tranquilidad y en breve su llanto de dolor se convirtió en un llanto de alegría. Llamó al padre, á Bolao y á Arturo, y debo confesarte la verdad, te olvidamos un momento, pues fué un día de júbilo para nosotros. Tú me perdonarás, ¿no es verdad? yo estaba loca, alborozada con la nueva vida que Dios me concedía, porque tenía esperanza de volver

á verte. Pasados los primeros momentos, y después que me dieron alimento, formamos una especie de consejo de familia y resolvimos salir de la hacienda ocultamente para dirigirnos á México, haciendo creer á todos que yo había muerto, y poniéndonos de esta manera á cubierto de las maldades é intrigas de D. Pedro, al menos hasta que tuviésemos noticia de tí. Fué esta una idea que ocurrió al padre y á Bolao, y como nos quieren tanto fué menester darles gusto. En cuanto á mí, ¿qué me importaba que me diesen por muerta si ya tenía salud, fuerzas y, sobre todo, esperanza de volver á verte? Ya ves que no puede ser más corta mi historia, que se completa hoy con la llegada del caballero que, peregrinando tierras, y después de haber vencido á sus enemigos, viene á recibir los laureles á los piés de su dama. Lo único que siempre me echó al sepulcro; pero mi resurrección le valdrá un rancho con sus vacas, sus bueyes y todo lo necesario: Arturo lo prometió y Teresa con todo su corazón lo cumplirá. Ahora,—continuó Teresa,—toca á Arturo contar su historia, ó mejor dicho, á esta buena de Mariana que viene en busca del ingrato capitán que ni siquiera ha preguntado por ella.

Mariana se adelantaba con los brazos abiertos para estrechar en ellos al capitán, y la seguían otras criadas que traían el desayuno.

—Esto es digno de que se escriba en una novela,—dijo Teresa mientras de que Mariana abrazaba con respeto y ternura á Manuel,—porque no falta ninguna de las circunstancias que pueden hacer interesante el cuento. Un jardín lleno de árboles, un desayuno preparado por Mariana con limpieza y esmero, historias de hadas,

de amores y de curaciones mágicas... en fin, todo lo que es interesante y poético lo tenemos, incluso la persecución de mi tutor, á quien no temo, teniendo á mi lado á dos valientes y gallardos mozos.

—Estás inconocible, Teresa,—le dijo Manuel;—jamás te he visto tan festiva, y nunca te había oído hablar de chanza como ahora.

—¿Qué quieres?—le dijo Teresa volviendo á tomar su tono de melancolía;—hoy que estás conmigo quiero olvidarlo todo, gozar, reír, volverme loca. ¡Quién sabe mañana cuál será nuestra suerte!

—Vamos, no te he hecho esta reflexión para que vuelvas á ponerte triste; por el contrario, con tu buen humor, no sólo me llenas de alegría, sino que hasta el cansancio y fatiga se me han quitado. Sentémonos de nuevo á gozar de esta mañana tan fresca y tan hermosa, y mientras nos desayunamos, obligaremos á Mariana á que nos cuente su historia, porque, en verdad, hasta ahora no sabemos por qué motivo la encontramos en Tampico.

—Sí, que se siente y que comience,—dijo Arturo;—ninguno de los que estamos aquí somos ni preocupados ni orgullosos, y, por otra parte, Mariana, más que criada, es amiga fiel de nosotros.

—Dice bien Arturo,—añadió Teresa;—siéntate, y después de que nos hayas contado tu viaje, irás á continuar los quehaceres de la casa.

Mariana, á pesar de que Teresa le invitaba á que se sentase á su lado en la banca de madera que rodeaba el tronco del fresno, no quiso admitir, sino que trajo una alfombra y sentóse en el suelo, acariciando las manos de la que veía, no sólo con el respeto de criada, sino con el amor de hija.

—Siempre el señor capitán quiere que le cuente mi historia, y yo... al fin tengo que contarla, porque una vez que ya están todos juntos y la niña Teresita tan alegre y con tanta salud, yo no les hago falta y me voy.

—¡Tú irte de nuestro lado, Mariana!—interrumpió Manuel;—¡ni por pienso! capaz soy de encerrarte en un cuarto y ponerte un centinela de vista.

—Es que,—dijo Mariana,—yo tengo que buscar una cosa.

—¿Una cosa?...—le preguntó Teresa;—no sé cuál puede ser: dinero, ropa, casa, todo lo tienes con nosotros, hasta tu libertad para hacer lo que quieras, con tal de que no te separes de nuestro lado.

—Es que, niña,—volvió á decir Mariana poniéndose encarnada y bajando la cabeza;—lo que busco no es nada de eso: todo lo tengo, bendito sea Dios, al lado de ustedes; pero...

—¡Vaya! no hay que andarse por las ramas,—interrumpió Arturo;—lo que Mariana desea sin duda es casarse: por eso se quiere ir y por eso se pone colorada.

—No, casarme, ni lo pienso, ni tengo con quién: es otra cosa, otra cosa... Vaya... si la niña no se enoja, lo diré de una vez, porque mi corazón ya revienta y no puedo callar por más tiempo...

—Di, Mariana, di lo que quieras,—le instó Teresa con mucha dulzura;—¡cómo era capaz de enojarme con una que me lloraba muerta!... Habla, que estás conmovida y ya no puedes contener las lágrimas.

—Me voy... porque... porque... es preciso que busque y encuentre á mi hija.

Mariana se cubrió los ojos con las manos y comenzó á sollozar.

—¿A tu hija?... ¿á tu hija?... ¿Conque tú tienes una hija ¡desventurada! y nada habías dicho?... ¡Oh! has hecho muy mal,—dijo Manuel;—esa pobre criatura habrá tal vez sufrido mucho... ¡Vaya! dilo todo: ¿quién es su padre?

—El coronel Valentín,—contestó Mariana, haciendo un esfuerzo al revelar el nombre de su seductor.

—Ahora me explico tu viaje á Tampico...—prosiguió Manuel;—pero... ni por la imaginación me pasaba... Creía, por el contrario, que no le parecías de malos bigotes á mi amigo Valentín, y que deseaba... ¡Bah! es menester convenir en que tratándose de amores todos somos unos niños; pero continúa sin miedo: ¿dónde está tu hija?

—No lo sé,—respondió Mariana dando rienda suelta á su llanto,—y por eso quiero buscarla, aunque sea en el fin del mundo; por eso me ajusté con una familia que salió para San Luis, y de San Luis á Tampico: me fuí unas veces en burro y otras á pié á buscar al coronel y preguntarle por nuestra hija.

—¿Y Valentín sabe, por supuesto, dónde está ésta?—preguntó Teresa.

—Ni palabra, señorita: cuando salió á campaña la dejó encomendada á una viuda, á quien le puso una tienda, y cada mes le mandaba para sus vestidos y para sus zapatos; pero repentinamente dejó de recibir noticias de la viuda y de la niña... y sabe Dios dónde estará la pobrecita de mi hija...

Mariana lloraba de un hilo.

—Pero en sustancia, ¿qué te dijo Valentín y en qué quedaron?—le interrogó Arturo.

—Yo no puedo negar que el coronel quiere mucho á nuestra hija, y va á venir á México á buscarla: quizá

llegue muy pronto, pues me dijo que había pedido una licencia al ministro; y así por esto, como por el cariño que tengo á la niña Teresita y al capitán me voy con ellos otra vez á México.

—Pero lo que no comprendo,—le dijo Teresa,—es como tú, tan amorosa y tan buena, has consentido en separarte de tu hija.

—Por puro amor á ella consentí en separarme.

—No entiendo,—dijo Teresa.

—El coronel me hizo la reflexión de que si yo la conservaba á mi lado, no pasaría nunca de ser hija de una pobre lavandera, á la vez que si la educaban en otra parte, cuando creciera hallaría un señor decente con quien casarse... Yo, niña, quizá hice mal; pero él se empeñó y me dijo que la señora viuda en cuya casa la llevó, sabía coser, y bordar, y tocar el clave, y que todo se lo enseñaría á mi Carmela.

—¿Se llama Carmela?—preguntó Arturo.

—El *mero* día de mi señora del Carmen nació, hace quince años: por eso hoy...

—¡Qué idea!—exclamó Arturo quedándose pensativo.—el nombre es el mismo... la edad es, á poco más ó menos, la misma también.

—¡Qué! ¿sabrás el niño Arturo dónde está mi hija?—exclamó Mariana levantándose y juntando las manos.

—¡Qué disparate!—contestó Arturo,—¿cómo lo he de saber si en este momento sé que tienes tal hija? Conozco una muchachita como una perla que se llama también Carmela, y esto es todo; pero esa ¡bah! no puede ser tu hija.

—Y dime, Mariana, ¿conocerías á tu hija si la vieras?—le preguntó Teresa.

—Hace años que no la veo; pero estoy segura de que mi corazón la reconocería. ¡Ah! si Dios me hiciera el milagro de ponérmela delante, cerraría los ojos y la conocería sólo por su voz y porque el corazón me brincaría de amor y de gusto.

—De veras, Mariana,—dijo Manuel,—que no comprendo cómo no me habías dicho nada de esto en todo el tiempo que hace que nos conocemos.

—Sólo á mi confesor se lo he comunicado. Desde que tuve esta niña he sido, y Dios es testigo, una mujer honrada que he vivido de mi trabajo, para que algún día mi hija no se avergonzara de tener una madre... como esas que andan por las calles: soy pobre, pero mi trabajo me ha bastado para vivir y para ahorrar para ella; para ella, porque la Virgen de la Soledad, que padeció tanto, me ha de hacer el milagro de que la vea y le dé muchos abrazos y muchos besos, con el amor con que una madre besa á una hija que hace mucho tiempo que no encuentra.

—No necesitas, hija mía, separarte un momento de nuestro lado: Manuel y Arturo escribirán á Valentín, buscarán á tu hija por todas partes, se gastará dinero, se trabajará por todo el mundo hasta que parezca Carmela. Consuélate y ten esperanza: aprende de mí, que en medio de mis desgracias soy bastante fuerte para sobrellevarlas, y confía en que pagaremos tu cariño y tu fidelidad, poniendo en tus brazos á la hija que has perdido. Como los quehaceres son la mejor distracción, yo te llamaré para encargarte de lo que tenemos que hacer para esta noche.

Mariana besó las manos de Teresa, y limpiándose las lágrimas con la punta de su rebozo, se retiró, llevándose los trastos del desayuno.

—Siempre dolores, siempre desgracias por todas partes,—dijo Teresa cuando vió que Mariana se alejaba.— Esta mujer, á quien creía yo tan alegre y tan feliz, es quizá más desgraciada que yo: al menos yo tengo á Manuel y á mis buenos amigos: la pobre criada... no tiene á su hija... ¡Ah! pero se la buscaremos todos. Es menester escribir esto á Valentín, tomar mucho empeño, prometer gratificaciones; todo, todo, porque quiero pagarle su cariño con devolverle á su hija. Cuando estemos solos, le preguntaré algunos más pormenores, y aseguro que encontraremos pronto á la muchacha.

Arturo estaba pensativo y distraído, aunque al parecer escuchaba la conversación de Teresa.

—¡Vaya, Arturo!—le dijo ésta,—no hay que perder el buen humor. Esta pobre Mariana nos entristeció un poco con la narración de su desgracia; pero es necesario que seamos superiores á nuestra mala suerte. Voy por primera vez en mi vida á cambiar de humor, á reír, á practicar, á olvidar el pasado. ¿Qué les parece la idea que me ha ocurrido?

—¿Cuál?—preguntaron Arturo y el capitán á un tiempo.

—Esta noche habrá una tertulia en la quinta.

—¿Pero estás loca, muchacha? ¿no sabes que todavía debemos permanecer ocultos?—dijo Manuel.

—¡Tonto! ¿crees que vamos á convidar á medio México? No, será una tertulia casera, y vendrán á ella únicamente nuestras amigas íntimas; por ejemplo, Florida y el padre, á quien por lo menos haremos tocar el piano... en fin, los de casa. Arturo se encargará de eso y cenaremos juntos... ya ves, es preciso que de alguna manera se celebre tu llegada.

—Conforme,—dijo Manuel,—me gusta la idea, pero es preciso que Arturo dé su palabra de que no faltarán las personas que convidemos.

—Lo prometo,—dijo Arturo;—yo me encargo de formar esta noche una reunión de personas adictas á nuestros intereses, y las cuales nos podrán servir para los pasos que es necesario dar para estar tranquilos de una vez para todas. ¡Magnífica idea! Estaba yo cavilando cómo haría una reunión semejante, y no acertaba... Me voy en el acto á prevenir á mis convidados, mientras Manuel descansa y duerme un rato, y Teresa se ocupa en los preparativos necesarios.



CAPÍTULO XXXI.

Tertulia de amigos

**I**NCREIBLE y hasta exagerada era la ligereza que dominaba el carácter de Arturo. Cuando salió de la quinta había ya olvidado el asalto frustrado del convento, el encuentro de Celeste; todo, en fin, y no pensaba más que en la tertulia de la noche, y en la narración de Mariana; no le cabía duda, en que Carmela, la protegida de Aurora, no era otra más que la hija de Valentín y de la buena lavandera. En la noche se proponía aclarar el misterio y dar un golpe de teatro.

Luego que llegó al hotel cambió de traje, y se dirigió a la casa de José; encontró á Celestina en un voluptuoso *deshabillé*, y á José encerrado en la recámara, y roncando como un bienaventurado.

—¡Canario!—dijo Arturo,— este José tiene una guapa mujer... ¡Que no hubiera yo reparado en sus atractivos cuando estaba en mi casa!... pero... ¡si mi madre la te-

D. A. N. L.

CAPILLA ALFONSINA

nía con un vestido de lana que le cubría hasta el cuello, y unos grandes zapatos de cordobán! Ahora, calzado de raso color de guinda, bata de muselina, peinado á la griega...

Mientras hacía estas reflexiones Arturo, y observaba hurtadillas el turgente pecho y el pulido pié de Celestina. José tosió, se despezó, y saltando en calzoncillos blancos de la cama, asomó la cabeza por la puerta, para observar quién hacía ruido, y quién hablaba con su adorado Celestina.

—No hay que asustarse, José, que es gente de parvengo á convidarte á tí y á Celestina para una tertulia casera; pasaremos la noche en la quinta de San Jacinto. No hay que faltar ni que decir ni una palabra de esto á nadie. A las ocho en punto.

Arturo salió de la sala después de haber estrechado la mano de Celestina, y cambiado con ella una amable sonrisa.

—No hay remedio, se va...—exclamó José...—Voy á un atarantado peor que yo!... en fin, Celestina, es mi deber que esta noche te pongas de veinticuatro alfileres y que no faltemos.

De la casa de José corrió nuestro joven á la de Florinda; encontró á ésta, á Celeste y á Carmela, reunidos delante del piano cantando y tocando; le parecieron tres ángeles. Carmela tenía la lozanía y la robustez de Mariana, y la finura y corrección de las facciones de Valentina.

—Ni duda,—dijo para sus adentros,—Carmela es la hija de Mariana.

Después de hecha esta reflexión, volvió la vista á Celeste; un leve color suave, desvanecido y delicado, como el de las hojas de la rosa de Castilla, teñía las mejillas

esta; sus ojos azules estaban brillantes y húmedos, y su boca purpurina sonreía al contemplar la fisonomía del hombre que adoraba. En cuanto á Florinda, era, como hemos dicho, de esas mujeres de formas redondas y perfectas; cuello, mejillas, hombros, manos, todo era suave, torneado, primoroso, y á poco que el vestido estuviese escotado, ó sus pliegues se tropezasen con algún mueble, se descubría, ó un brazo blanco y lleno de esos hoyitos, que los poetas dicen que son otros tantos nidos del amor, ó un pié y una pierna que parecían hechos de cera, por uno de nuestros mejores artistas del pueblo.

Arturo, tan pronto fijaba su vista en Carmela, que era el botón de rosa que se abre con el rocío de la mañana, como en Florinda, que era la dalia llena de hojillas de colores, como en Celeste, que le parecía la blanca camelia japonesa que adorna los salones de los grandes.

En aquel instante, rápido como el relámpago, se le vino á la memoria la rubia Aurora con su fina y blanca dentadura, con sus abundantes cabellos recogidos debajo de la negra toca, que, temerosa, abandonando la callada solitaria, lo había esperado entre las sombras de la noche en la espantosa soledad de los patios del monasterio; Arturo cayó en el sofá como si le hubiese acometido un repentino accidente.

—No hay duda que ha perdido el juicio nuestro amigo Arturo,—dijo Florinda, dejando el papel de música que tenía en la mano,—entra sin saludar, nos ve á las tres de arriba abajo, como si nos conociera por la primera vez, y después se deja caer en el sofá, como si hubiese recibido el golpe de una máquina eléctrica.

—Es verdad, es verdad, Florinda,—contestó Arturo volviendo de la distracción;—cualquiera que no me co-

nociese, me creería en este momento un loco... pero no hay cuidado; aunque tengo mil cosas en qué pensar, mi razón no se extravía; lo que en verdad me sucedió al entrar fué, que me encontré de improviso con un grupo tan lindo y tan encantador, que seguramente el de las gracias no sería más bello; me quedé asombrado como era muy natural y... Y bien, Celeste, dame esa mano. ¿Cómo te han tratado en el alojamiento? Ya veo que eres como de casa, y que en pocas horas te han vuelto el color, la salud, y un poco la alegría, aunque tus ojitos no dejan de estar húmedos.

Arturo, impulsado por su carácter, se levantó del sofá; estuvo á punto de secar los ojos de Celeste con unos amorosos besos; pero reflexionó, se contuvo, y tendió la otra mano á Florinda.

—Esta noche,—le dijo,—tenemos una reunión en la quinta de San Jacinto; ha llegado una persona á quien usted conoce y ama, y deseamos obsequiarlo. Es necesario que las tres vayan con Luis. Es cosa de toda la noche, y así, dispongan sus cosas.

—Pero eso será imposible,—dijo Florinda,—Luis tiene que dormir precisamente en su casa.

—Todo lo sabemos ya, Florinda, y por mi parte empujé la fortuna de mi amigo, que ha tenido la dicha de unirse con una mujer tan discreta y hermosa; además tenemos que hablar y que combinar muchas cosas, y necesario no faltar.

—No faltaremos,—dijo Florinda,—quizá adivino un interés grande que tendrá esta tertulia. ¿A qué hora?

—A las ocho en punto.

—Estaremos allí.

Arturo, estrechando la mano de las dos muchachas,

haciendo un cariño en la mejilla á Carmela, salió de la casa de Florinda, y se dirigió á la Profesa.

—¡Buenas nuevas, padre! ¡venga medio de albricias! —exclamó Arturo abriendo la puerta de la celda donde vivía el padre Anastasio, á quien encontró arrodillado delante de un Crucifijo rezando el Oficio divino. —¡Buenas noticias, querido amigo!—repitió,—dejad un momento el Oficio divino, que seré muy breve, porque ya estoy rendido de sueño y de cansancio. Anoche,—continuó el aturdido joven,—me iba yo á robar á Aurora del convento.

El padre Anastasio se puso en pié precipitadamente y exclamó:

—¡Jesús mío! ¡qué crimen!

—¡Tonto de mí! comencé por donde debía acabar; no, no es eso lo que quería decir, padre, sino que Manuel ha llegado.

—¡El capitán ha llegado! Bueno, bueno, así se lo pedía yo á Dios en este momento.

—Famoso, gordo, alegre, fuerte, mejor que nunca.

—¿Y Teresa?

—Figúrese usted, padre, hecha una loca; la pobre muchacha no halla qué hacerse con Manuel; quisiera guardarlo debajo de un capelo. Ha inventado esta noche una tertulia, y está empeñada en que todos sus amigos estemos allí, y en que el padre Anastasio ha de bailar, tocar y cantar.

—Tocar el piano, sí, cuanto quiera; lo demás, no,—respondió sonriendo el padre,—pero no faltaré, porque tengo un positivo deseo de estrechar en mis brazos al capitán. Mucho, mucho me alegro,—continuó tomando la mano de Arturo.

—Vaya otra noticia mejor todavía.

—¿Cuál?

—Anoche encontré á Celeste.

—¡A Celeste!—dijo el padre poniéndose algo pálido.

—Sí, á Celeste, y de la manera más casual y extraña; si no ha sido por el Turco que me guió, jamás volvemos á ver á esta muchacha.

—Contadme, contadme, porque el extravío de esta criatura es un tormento para mi corazón.

—No puedo contaros gran cosa, porque yo mismo no sé los pormenores; pero no hay cuidado, Celeste está buena y como siempre, honrada y virtuosa; se halla en casa de Florinda. Así no faltéis esta noche, porque allí tendremos mil cosas importantes que hablar.

Arturo, dejando pensativo al padre, con el cúmulo de noticias que le había dado, salió de la celda, y se fué al hotel á dormir, hasta que ya de noche, tomó un simón, y llegó á la quinta, á la hora oportuna para recibir á los convidados, los que fueron puntuales á la cita; cada uno de ellos tenía cierto interés en concurrir, no sólo por la tertulia, sino por los asuntos que tenían que tratar.

Teresa todo lo tenía preparado; desde el zaguán había una alfombra de flores, y por todas partes luz y aromas. Recibió á las señoras con la sonrisa en los labios, y Manuel tenía ya cansados los brazos de estrechar en ellos á sus buenos amigos, sin que faltara, por supuesto, Josepito, que presentado por Arturo, se arrojó una, dos y tres veces al cuello de Manuel, protestándole su amistad, ofreciéndole sus servicios, y asegurándole, que él no conocía ni dificultad ni peligro, cuando se trataba de servir á los amigos; y dando como prueba de su serenidad, el haber resistido el asalto, en la plazuela de San Juan

de Dios, de más de trescientos hombres armados de puñales, pues cada vez que contaba el lance, aumentaba cincuenta ó cien hombres.

El padre Anastasio entró el último, afable y risueño, pero grave y medido. A Manuel lo abrazó con ternura; á Celeste le dió solamente la mano.

—Dios me ha escuchado, hija mía, —le dijo, —y ha permitido que vuelvas á estar entre nosotros. De hoy en adelante no habrá motivo alguno que nos obligue á separarte de nuestra protección, y espero que serás feliz.

Pasados estos primeros momentos cada uno fué tomando su asiento, y Teresa, que todo lo animaba, organizó la tertulia de aquella corta, pero escogida reunión, se formaron unas cuadrillas. El padre Anastasio, que no era hipócrita ni ridículo, rehusó bailar, pero consintió en tocar el piano á los que bailaban. Después de las cuadrillas, Florinda, Carmela y Teresa cantaron piezas de *Guillermo Tell*, *Sondambula*, *Norma*, *Lucía* y otras de óperas escogidas; en seguida se bailaron contradanzas y *valses*: así, alternando el canto con el baile, y el baile con la conversación, se pasó una gran parte de la noche. Siendo la hora propia de la cena, Teresa condujo á sus visitas á un amplio comedor que daba al jardín, y allí se les sirvió una suculenta cena, humedecida con añejos y variados vinos.

En la mesa contó Arturo en voz baja al padre Anastasio, su aventura del convento y su encuentro con Celeste, y le prometió referirle lo que más supiera con relación á la muchacha, á la que en aquel momento en que todos se levantaban de la mesa, iba á hablar.

En efecto, Arturo tomó del brazo á Celeste, y condu-

ciéndola á un lugar apartado de la sala, le preguntó lo que deseaba saber.

Celeste, con la ingenuidad que la caracterizaba, refirió lo que le había pasado en la chocolatería y en la casa de Olivia, y así que concluyó su narración, Arturo comenzó á decirle amores y á formar lo que llamamos castillos en el aire.

—Ni una palabra más, Arturo, — le dijo Celeste interrumpiéndole; — todo esto me hace mal por una parte y por otra, pierdes todo el derecho que tienes á mi profunda gratitud. Una pobre mujer, huérfana como yo tiene que apelar á la generosidad... mejor dicho, á la caridad de todos; pero eso no autoriza á nadie para engañarla, para hacerla más sola, más desgraciada... más infeliz que lo que quiere Dios.

Celeste tenía en este momento un aire de dignidad y de ternura, que encantaron y sorprendieron á Arturo.

—¡Es posible, Celeste, — le dijo Arturo, — que interpretes así mis palabras! ¿Te he podido ofender, á tí, niña de mis ojos, que has sido mi ilusión, mi pensamiento desde la mañana en que salía del baile del teatro, y es que te encontré por la primera vez?

—Todo me lo ha contado Florinda, y yo creo que para cumplir con lo que exigen la gratitud y los deberes de una mujer honrada, es menester separarnos para siempre. No puedo ser tu mujer, porque no me amas; tampoco tu querida, porque repugna á mi carácter.

—¿Y por qué no puedes ser mi esposa? — le preguntó Arturo entusiasmado.

—Porque hay otra mujer que padece por tí, que ha preferido el encierro de un convento á vivir rica y sola en el mundo si tú le faltabas; porque anoche, olvidando

que yo existía en la tierra, que sufría, que tenía tal vez hambre, frío, desnudez y dolores profundos en mi corazón, tú ibas á escalar un convento, á dar un escándalo, á robarte á esta mujer... ¿Así quieres que yo te crea, Arturo? ¿así quieres que yo sea tu esposa?... Después de haber sufrido tanto ¿quieres todavía que sufra más; quieres mi desgracia eterna?... No, nada de protestas ni de juramentos: mi resolución está tomada. Si quieres ser generoso y favorecerme como hasta aquí... bien; si no, me iré... no sé dónde, con mi orgullo y mi miseria... y Dios, que ha cuidado de mí, y que me ha salvado en las horas supremas de tribulación, me salvará todavía.

—Bien, Celeste, veo que estás ahora excitada y vehementemente en tus palabras... ¿qué quieres? ¿qué deseas?

—Entrar á un convento, no; el ejemplo de esa pobre Aurora, y lo que sufre, me basta; pero quiero ser útil á la humanidad y á los desgraciados. Tú y el padre Anastasio arreglarán mañana mismo el que pueda entrar de hermana de la caridad. La guerra está ya dentro de la República, y yo tendré el valor y el placer de ir á los campos de batalla, á levantar del suelo, á dar una poca de agua tal vez, á los que me han negado á mí esa gota de agua cuando imploraba en las calles la compasión de los que pasaban... Tú, Arturo, — continuó Celeste llorando, y tomándole una mano que estrechaba contra su corazón, — tú, Arturo, que me diste limosna; tú, Arturo, que has sido siempre generoso y bueno como el ángel de mi guarda, no me hables de amor; haz lo que te pido, arréglalo todo con el padre, y créeme, me harás feliz, y me darás siempre el gusto de que yo pague tus favores, dejándote á tí tan joven, tan gallardo, tan simpático, libre para que te cases con la mujer que ames mucho, ó

para que continúes disfrutando de tu juventud y de tu libertad.

Arturo iba á responder, y había ya dado antes un amoroso beso á la mano de Celeste, cuando Luis lo interrumpió:

—Amigo Arturo, nos esperan en la pieza de adentro para jugar unas manos de tresillo;—y luego, acercándose á su oído, continuó:—Nos esperan Manuel, José y el padre, para hablar de cosas muy importantes. Florinda tiene también una carta de Aurora para usted. ¡Cuidado con complicar los amores!

Arturo se levantó, se limpió el sudor que corría por su frente y las lágrimas que ya asomaban á sus ojos, estrechando de nuevo las manos de Celeste, le dijo:

—Reflexiona con calma y hablaremos mañana antes de tomar ninguna resolución. Se trata de tu felicidad de la mía.

En este momento, Carmela con una voz dulce y armoniosa, cuyo timbre iba á dar al corazón, cantaba una aria de *Lucia*, que le acompañaba Teresa en el piano.

## CAPÍTULO XXXII

### Las cuentas de Don Pedro

**H**PROVECHAREMOS este momento,—dijo Luis,—en que las señoras están entretenidas, para hablar un poco de asuntos que nos interesan mucho.

Luis, Arturo y Manuel entraron á la pieza inmediata donde había unas mesas de tresillo: el padre Anastasio y Josesito se entretenían en hacer una solitaria. Sentáronse, se repartieron las cartas para hacer que jugaban, y comenzaron á platicar.

—He obrado con tal actividad, que hace dos días que no como ni duermo,—dijo Luis,—pero todo es en vano; el hombre triunfa.

—¿Quién?—preguntó Manuel.

—D. Pedro.

Manuel se retorció el bigote, se mordió los labios, y con una voz hueca y concentrada dijo:

—Continuad y decidlo todo, Sr. D. Luis.